
CAPITULO XXIV.

Trasgos biográficos de los V. P. Fr. Patricio García, Fr.
Manuel Julio Silva, S. Mariano Tojo S.
José María Vivas y Fr. José
Calahorra.

El V. P. Fr. Patricio García nació en Nochistlan, por los años de 1718, y tomó el hábito en el Colegio de Guadalupe en 13 de Octubre de 1734.

Se notó en él una admirable simplicidad; el candor de un párvulo, no obstante de ser hombre de gran talento, y profundo Teólogo, pues fué Lector de Teología el mayor tiempo de su vida.

Este V. religioso fué comisionado para formar el proceso de canonizacion del V. P. Fr. Antonio Margil, en Guatemala.

Estando en la capital de aquel país, hubo un terrible terremoto en que quedó arruinada la ciudad, y el V. P.

se escapó de perder la vida, en un confesonario de Monjas.

Desempeñó con mucho acierto y general aceptación, el cargo de Guardian, por dos veces.

Tuvo un decidido empeño por la moderacion de la disciplina de sangre que se usaba en el Colegio, especialmente entre los novicios y coristas. Para tal moderacion de penitencias, dió motivo la muy acerba que hizo un corista ordenado de Diácono. El V. P. García escribió al Rmo. P. General Fr. Pascual de Vaus, residente en Roma, y de allí vino una bula pontificia prohibiendo esas austeridades; no absolutamente, pero sí mandando la moderacion en ellas, según lo dicta la prudencia. No es extraño excederse en las cosas buenas; á veces el fervor suele cegar.

El V. P. García lleno de ciencia, cargado de años y de virtudes, murió en Julio de 1794.

No hemos adquirido pormenores de este V. P., pero de lo que se sabe podemos inferir lo que ignoramos; esto es, que fué acrisolada su virtud, y que puede numerarse entre los mas venerables religiosos de Guadalupe.

Del V. P. Fr. Manuel Julio Silva, ignoramos su origen, sabemos que tomó el hábito guadalupano el día 2 de Mayo de 1754 y que desde su juventud fué muy austero.

Fué Maestro de novicios, y su ejemplo de asombrosa penitencia hizo que sus alumnos lo imitasen.

Traia un jovoncillo formado de alambre, con muchas puntas penetrantes: dormia en el suelo y su sueño era

extremadamente poco; no faltaba á los Maitines de la media noche, y se levantaba á las cuatro de la mañana, á celebrar el santo sacrificio de la misa: los juéves por la noche, comenzaba á rezar con el noviciado las estaciones de la *Madre de la Antigua*, que se acababan hasta el viérnes despues de Maitines; y esto con disciplina.

Desempeñó los cargos, además de Maestro de novicios, de Vicario, Comisario de misiones y Guardian; y sin dejar la asombrosa austeridad de su vida.

Puesto al frente de la comunidad, resplandecieron mas sus virtudes.

Fué muy grande su celo por el culto divino, y en él trabajó con admirable actividad y eficacia.

Hizo tambien mucho en la obra material del Colegio como fué concluir la Vicaría, un dormitorio y sus anexos, hasta formar el cuadro que se alviente en la azotehuela, la enfermería con su capilla, la capilla del Noviciado y otras obras que estaban comenzadas. En todo esto empleó grandes sumas, que la Providencia divina le proporcionaba en la piedad de los fieles.

¡Solo en paramentos sagrados gastó sesenta y un mil pesos!

Este V. P. siendo Comisario de misiones, fundó la del Refugio en la costa de Matagorda, y la Congregacion del mismo nombre cerca de la confluencia ó desembocadura del caudaloso Rio-bravo; congregacion que ahora tiene el nombre de Matamoros. Estas benéficas fundaciones de tanta importancia para la religion y para

el Estado, las hizo en compañía del muy venerable padre Puelles.

Sus trabajos y sus austeridades lo pusieron muy enfermo, adoleciendo á un mismo tiempo de muchas enfermedades que aceleraron el fin de sus preciosos dias. No obstante, murió anciano, envejeció en el servicio del Señor, y procurando el bien de las almas.

El V. P. Fr. Mariano Rojo, se incorporó en la provincia de Zacatecas en 22 de Diciembre de 1776.

Siendo muy pequeño padeció una enfermedad, y para que lograra la salud le vistieron por devocion un hábito á imitacion del franciscano. Esta costumbre observaban algunas personas en aquellos tiempos, y en ella manifestaban su afecto al Seráfico Padre San Francisco; afecto que este glorioso santo correspondia alcanzando del Señor, con sus poderosos ruegos, el cumplimiento de los sanos deseos de sus devotos.

Habiendo sanado el niño Mariano, de la primera enfermedad, le sobrevino otra, y volvió á vestir su hábito. Parece que todo esto era un signo de que el Señor lo quería para el claustro.

En edad suficiente para deliberar sobre vocacion, se sintió movido á entrar de religioso, lo que verificó en el Convento de franciscanos de Durango, su patria.

Hizo su solemne profesion, y el Señor lo trasladó al Colegio de Guadalupe.

Cuando comenzó á ejercer el ministerio apostólico de la predicacion, llamó la atencion general, no solo por su

celo y por la uncion de sus palabras; sino tambien por una voz sonora con que le dotó el cielo.

Salia á misionar, siempre á pié, y lo mismo hacia cuando tenia que marchar á cualquiera lugar á donde lo mandaba la obediencia.

Misionó en Texas; fué uno de los religiosos escogidos por Dios para apóstoles de aquella extensa comarca.

Tuvo especial gusto en enseñar á cantar á los indios, piezas devotas, las que usaron aquellos convertidos por muchos años, pues todavía en 1820 se hallaba entre ellos la costumbre de cantar las canciones religiosas que les enseñó el V. P. Rojo.

Desempeñó con acierto, en el Colegio, los cargos de Discreto y de Vicario.

La fama de su instruccion y de sus virtudes le mereció el honroso nombramiento de confesor de las monjas capuchinas de Guadalajara, en cuyo oficio permaneció poco mas de un año.

Copiamos aquí una carta que el R. P. Fr. Francisco Puelles escribió á una bienhechora del Colegio, comunicándole el fallecimiento del V. P. Rojo. Esta carta es la mejor biografia y el mejor elogio de ese siervo de Dios.

“Sra. D^a Porfiria Dávalos.

Marzo 29 de 1805.

“Murió, murió, señora, murió un hombre á todas luces apreciable, murió un hombre dotado del cielo con especiales dones en el cuerpo y en el alma: murió un hombre, cuya íntima comunicacion y trato familiar, me dió á co-

nocer sus relevantes prendas; murió un hombre, cuya muerte me ha sido mas sensible que la de mi padre; murió un hombre, que por haber sido yo el árbitro de sus confianzas, depositario de sus secretos y moderador de sus acciones, sé muy bien cuanto habia en él, y cuanto Dios habia depositado en su alma, de mejor y de excelente; murió un hombre escogido por el Señor de los ejércitos para soldado de su Iglesia desde sus tiernos años; que arrebatado desde niño al claustro, por nuestro P. San Francisco, y obligando este santo por fuerza, á sus padres, á que no le quitaran su santo hábito de devocion, lo preservó de la corrupcion del mundo, en que la inocencia incauta suele tropezar cuando menos piensa.”

«Murió, en fin, el P. Rojo, el santo desde niño, el consultor de los sábios, el venerado de los pueblos, el amado de las gentes, el escuchado en los púlpitos, el seguido con ansia en los confesonarios, el asombro del trabajo en el ministerio, el consuelo de los pecadores, el alentador de los tibios, á la virtud; el director de los justos, el misionero apostólico, el amigo de Fr. Francisco Puelles; su compañero

«Ya no digo mas. No sé hasta donde me llevará la pluma..... ¿Para qué aumentar mis penas? Yo sé las lágrimas que me cuestan estas memorias. Ya no puedo decirle á vd. más del P. Rojo. Por último, le aseguro á vd. que no asistió jamás á un paseo, á un baile, á un teatro, ni á otra diversion concurrida. Murió sin experiencia personal de lo que es el mundo; y esto, no por-

que el padre era de aquellos espíritus que por no saber hacerse lugar se retiran por no salir desairados del mundo. No, sino que Dios, Dios, Dios..... Ya está, que no quiero de palabra en palabra despeñarme..... Y vd. debe estar satisfecha de que asistió y cuidó á un pobre, santo, y esto lo digo yo, que no creo á todo espíritu.— Fr. Francisco Puelles.”

¿Puede decirse mas del V. P. Rojo? ¿Pudo tener mejor calificador que el tambien V. P. Puelles?

La carta, pues, que hemos copiado á la letra, siendo de tan distinguido autor, prueba que el V. P. Rojo fué uno de los mas grandes y venerables religiosos de la santa casa guadalupana.

Contemplemos ahora á otro justo.

El V. P. Fr. José María Rivas, fué llamado por Dios al silencio del claustro en 1802.

Sus relevantes cualidades morales, intelectuales y físicas le habrian dado un distinguido lugar en la sociedad, pues lo hacian apto para desempeñar los mas honoríficos puestos.

El Señor quiso que brillara en el claro cielo del claustro, y no en la tierra sombría del siglo.

Aquella alma grande tuvo en el retiro las grandes expansiones de las almas privilegiadas.

Su génio, su trato, su conversacion eran extremadamente amables, y capaces de atraerse las simpatías de los génios mas indiferentes.

Fué un excelente Teólogo, y no menos sobresaliente Jurista.

Tenia el don de la palabra, que lo hacia asombroso en el púlpito.

En el confesonario era un padre, un maestro, que desempeñaba sus oficios de un modo atractivo y eficaz.

Sobre todas sus excelentes cualidades, el cielo lo habia dotado tambien de una voz sonora; voz de un metal armonioso, que hacia resonar en el coro como los mas agradables acordes del órgano y del salterio.

Sus virtudes no podian menos que deslumbrar, pues todos los esfuerzos de su humildad eran inútiles para ocultar su perfeccion religiosa. Era un modelo.

El hilo de tan preciosa vida fué cortado por una muerte prematura. ¡Murió á los 28 años de su edad!

Fué extremadamente sentido de la comunidad toda.

Aun los padres mas ancianos y venerables derramaron ardientes lágrimas sobre los frios restos del santo jóven religioso.

Pasamos ya á hacer un bosquejo de la santidad del V. P. Fr. José Calahorra.

Mazapil, antiguo mineral, que ha visto pasar sobre sus montañas antdiluvianas el largo período de tres siglos, tiene la gloria de haberse mecido en él la bendita cuna del V. P. Calahorra.

Este justo recibió de sus padres una educacion tan religiosamente esmerada, que sus costumbres desde pequeño revelaron que era un escogido del Señor.

El candor y la inocencia mas raras brillaban en el niño José, de un modo que llamaban la atencion de las personas que lo veian.

Las virtudes de sus padres y las del mismo niño fueron coronadas, haciendo el Señor que naciera en el corazon de este una verdadera vocacion á la vida religiosa.

Era el dia 3 de Junio de 1715.

Era Guardian del apostólico Colegio de Guadalupe su venerable fundador y padre el admirable siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesus.

En esa época y en el dia indicado, el jóven José Calahorra, vistió el privilegiado y santo hábito guadalupano.

Hizo con perfeccion todos sus estudios, profesó y subió luego á la alta dignidad sacerdotal.

Dios no quiso que este luminar de la fé y de la virtud, estuviese oculto entre las paredes del claustro, sino que fuera á derramar sus destellos á nuestras fronteras setentrionales.

La voz de la obediencia resonó en el fondo de aquella alma privilegiada.

El P. Calahorra dejó el silencio del monasterio, y marchó sin pérdida de tiempo desde Guadalupe á la famosa Mision de Nuestra Señora del Pilar, de Nacogdoches, en donde sustituyó al V. P. Margil.

¡Cuarenta años! sí, cuarenta años trabajó el santo operario evangélico, en la parte del rebaño del Señor, que se le habia confiado.

Lamentamos carecer de pormenores de las apostólicas tareas del V. P. Calahorra, practicadas en el largo período de cuarenta años, que desempeñó la indicada Misión. Pero podemos suplir lo que falta, infiriendo racionalmente y sin temor de equivocarnos, que mil veces atravesó á pié aquellos desiertos y aquellos bosques en busca de las ovejas descarriadas, para traerlas sobre sus hombros, por decirlo así, al rebaño del Buen Pastor.

Ya hemos dicho en otro lugar de nuestra historia, que aun siendo muy anciano este venerable padre, hizo largas peregrinaciones en favor de los indios, llevado de una ardiente caridad y de un intenso celo por la salvacion de las almas.

Dispuso el Señor arrancarle de los desiertos del Norte, y llevarlo á descansar á la dulce paz y tranquilidad del claustro.

Allí rodeado de inteligencias ilustradas, dió á conocer apesar de su humildad, las brillantes virtudes de que estaba adornada su alma pura.

Entre esas virtudes brillaba como la luna apasible entre las estrellas, una sencillez y candor infantil, con que Dios quiso notabilizar, digámoslo así, á este su gran siervo.

Estando en Guadalupe, le acaeció un caso sumamente sorprendente y raro:

El cura de Mazapil dirigia espiritualmente á una señora de gran virtud. Esta comunicó al indicado párroco que varias veces en la soledad se le presentaba una

persona misteriosa, que parecia no pertenecer al número de los de esta vida, y que parecia querer decirle alguna cosa importante; pero que ella no tenia valor para escucharle ni dirigirle una pregunta sobre su aparicion.

El párroco contestó á su dirigida, que convenia hablar á esa persona misteriosa, y le dijese fuera con él á tratar su negocio, cualquiera que fuese.

Obedeció la señora, y al presentársele el aparecido, le dió el recado del señor cura. Este pasaba una noche, como á las diez, por una calle solitaria, cuando el aparecido se le presentó imponente y silencioso.

El señor cura se llenó de terror, y huyó.

Habiendo ido el dia siguiente al confesonario, la hija de confesion le dijo: señor cura, yo cumplí con el encargo de vd. Le hablé al muerto, y le dije fuera con vd. á tratar su negocio; mas luego volvió diciéndome que vd. habia huido dejándole la palabra en la boca. ¿Es verdad?

El párroco que antes, segun parece, creia que su dirigida padecia sustos imaginarios, no dudó ya de la verdad del misterioso aparecido. Por la noche escribió una carta para el V. P. Calahorra, consultando sobre el raro caso que se le presentaba.

Esa misma noche el V. P. saliendo de Maitines, se fue á su celda, que estaba cerca de la tribuna chica, á continuar un sermón que estaba formando.

Estando sentado tras de su mesa, y teniendo al frente otros religiosos, que habian ido á su celda quizá con al-

gun importante negocio, apareció en la pared una mano que llevaba una carta. El V. P. la tomó, la leyó y dijo luego á los religiosos que estaban presentes: esta carta exige pronta contestacion.

La mano conductora de la misteriosa epístola, permanecia en espera en la pared.

Concluida la contestacion, el V. P. Calahorra la dió á la mano aparecida, con calma, y continuó su tarea.

El párroco de Mazapil, que habia dejado su carta sobre la mesa, por la noche, la buscaba el dia siguiente para mandarla á Guadalupe á su título; pero en lugar de dicha carta halló la contestacion, que fué la misma que hizo el V. P. Calahorra, y dió á la mano misteriosa.

Algun espíritu fuerte de los de la época, se reiria de esta narracion, como se reiria de una conseja; pero no hay motivo racional para tal mofa. El aparecimiento de una persona que ya pasó á la otra vida, es una cosa posible que no pugna con la sana filosofía ni con la fé. Dios lo puede hacer, y lo ha hecho varias veces. Samuel se levantó del sepulcro para hablar á Saul; y esto no por virtud de la pitonisa, sino por el poder de quien únicamente lo puede todo: en la muerte del Salvador, resucitaron algunos muertos, se levantaron del sepulcro y recorrieron las calles y el templo de Jerusalem.

La supersticion respecto de los muertos aparecidos, consiste en creer que á todas horas, y sin motivo sólido, se andan presentando á los vivos para hacerles cocos como á los pequeñuelos; ó que vienen por motivos fútiles, o

que su aparecimiento es por virtud diabólica ó humana.

La fé y la razon unidas con el lazo con que las ató, en cierto modo, su Soberano Autor, no quieren que caigamos en credulidades ridículas y supersticiosas; pero no nos hacen estúpidos, si nos prohíben creer lo que sólidamente pueda creerse.

Volvamos á nuestro V. P. Calahorra.

Lleno de años, de virtudes y de merecimientos, vió llegar con calma el último dia de su existencia.

Era el año de 1775 cuando este siervo bueno y fiel del Gran Padre de familias, pasó de esta vida á la eterna á recibir el premio de sus apostólicas y relevantes virtudes, entrando en el gozo de su Señor.